

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO DOMINICANO
Encuentro con los seminaristas
14 de noviembre de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

Seminaristas de la etapa discipular o de los estudios filosóficos
14 de noviembre de 2018

Introducción

La etapa discipular es la etapa juvenil de la formación sacerdotal. Este dato, que aparentemente tiene poca importancia, da una impronta particular a la formación, que tiene las características de la juventud. Esto se puede observar mejor si ponemos atención a cada una de las dimensiones formativas.

▪ Desde el punto de vista **espiritual** los jóvenes son capaces de vivir grandes ideales, tienen una sed de Dios y una disposición natural y profunda para el encuentro con él. La juventud es un momento intenso de maduración en la fe en el que es oportuna la revisión de la iniciación cristiana y la renovación del sacramento de la confirmación.

▪ Desde el punto de vista **humano**, los jóvenes tienen una notable capacidad y necesidad de maduración personal. La juventud es un momento importantísimo en el proceso evolutivo, porque el joven puede releer todo su proceso y buscar consciente y deliberadamente su crecimiento.

▪ Desde el punto de vista **intelectual** estamos en un momento privilegiado en el que, superados los estudios medios, el joven absorbe conocimientos con notable facilidad, consiguiendo una *forma mentis*.

▪ Desde el punto de vista **pastoral**, los jóvenes comparten su experiencia de fe con otras personas, particularmente con otros de su edad, porque poseen una gran fuerza evangelizadora.

Vistas así las cosas, se comprende que se trata de un **momento intenso y profundo** en la formación sacerdotal, durante el cual **el crecimiento integral debe ser notable** y constituirá un tesoro para el futuro, independientemente de que continúes o no en el camino del sacerdocio. Lo más importante en esta etapa no es que llegues a ser sacerdote, pues esto queda aún lejos, sino que llegues a ser tú mismo, un hombre coherente y un verdadero discípulo del Señor. Quisiera insistir en esta perspectiva. Las **decisiones que vas tomando en tu formación son definitivas** y su valor no depende de si llegas o no a ser sacerdote. Por ejemplo, decides orar siempre, hacer deporte, aprovechar el tiempo, entregarte en el apostolado, ponerte al servicio.

En los Seminarios hay la costumbre de proponer santos patronos que murieron jóvenes, para indicar que la santidad se puede vivir en el presente, sin esperar a la ordenación sacerdotal. Esta perspectiva de tiempo presente es particularmente importante en la etapa discipular.

Por eso quisiera proponerles a **San José Sánchez del Río**, canonizado el 16 de octubre de 2016. Se trata de un joven mexicano que era parte del ejército cristero. Sus compañeros que lo apodaron *Tarsicio* aludiendo a San Tarsicio, el santo adolescente de la Eucaristía. Su alegría endulzaba los momentos tristes de los cristeros y todos admiraban su gallardía y su valor. Por la noche dirigía el santo rosario y animaba a la tropa a defender su fe. En un combate, el caballo del general cayó muerto. José bajó de su montura y le dijo: *Mi general, aquí está mi caballo, sálvese usted, aunque a mí me maten. Yo no hago falta y usted sí.* Y le entregó su caballo.

Fue hecho prisionero y llevado ante el general callista quien, al ver su decisión y arrojo, le dijo: *Eres un valiente, muchacho. Vente con nosotros y te irá mejor que con esos cristeros.* Él contestó: *¡Jamás, jamás! ¡Primero muerto! ¡Yo no quiero unirme con los enemigos de Cristo Rey! ¡Yo soy su enemigo! ¡Fusíleme!* Desde el calabozo escribió a su madre: *Mi querida mamá: Fui hecho prisionero en combate en este día. Creo que voy a morir, pero no importa, mamá. Resígnate a la voluntad de Dios. No te preocupes por mi muerte... haz la voluntad de Dios, ten valor y mándame la bendición juntamente con la de mi padre...*

El 10 de febrero de 1928, los soldados le desollaron los pies y lo hicieron caminar a golpes hasta el cementerio. Dios le dio fortaleza para caminar, gritando vivas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe. Ya en el panteón, preguntó cuál era su sepultura, y con un rasgo admirable de heroísmo, se puso de pie al borde de la propia fosa. Los esbirros se abalanzaron sobre él para apuñalarlo. A cada puñalada gritaba de nuevo: *¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!* En medio del tormento, el capitán jefe de la escolta le preguntó qué les mandaba decir a sus padres, a lo que respondió José: *Que nos veremos en el cielo. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!*

José Sánchez del Río es un **ejemplo de fe juvenil**. La misma fe que quisiéramos ver en los seminaristas de la etapa discipular.

A continuación voy a desarrollar con más amplitud algunas ideas esenciales en torno a las cuatro dimensiones formativas en la etapa discipular.

La identidad discipular

Discípulo es aquél que ha sido llamado por el Señor a estar con Él (cfr. Mc 3, 14), a seguirlo y a convertirse en misionero del Evangelio. El discípulo aprende cotidianamente a entrar en los secretos del Reino de Dios, viviendo una relación profunda con Jesús (RFIS, 61). Esta definición del discipulado muestra que se trata de **una experiencia viva** que se teje en torno a un vínculo personal con Jesús.

El mismo documento explica cómo hay que vivir esta etapa: *La experiencia y la dinámica del discipulado... requiere pedagógicamente una etapa específica, durante la cual se invierten todas las energías posibles para arraigar al seminarista en el seguimiento de Cristo, escuchando su Palabra, conservándola en el corazón y poniéndola en práctica (RFIS, 62).* Se trata así de **poner efectivamente en el centro la relación con Jesús**, haciendo girar en torno a este eje esencial todo lo demás. Efectivamente, nuestra relación personal con él constituye la mejor motivación para buscar la maduración integral.

La maduración humana

*Este tiempo específico se caracteriza por la formación del discípulo de Jesús destinado a ser pastor, con un **especial cuidado de la dimensión humana**, en armonía con el crecimiento espiritual, ayudando al seminarista a madurar la decisión definitiva de seguir al Señor en el sacerdocio ministerial y en la vivencia de los consejos evangélicos, según las modalidades propias de esta etapa (RFIS, 62).*

*Este momento formativo... permite, con la apertura al Espíritu Santo, **un trabajo sistemático sobre la personalidad** de los seminaristas. Durante el proceso de la formación sacerdotal nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de la formación humana; la santidad de un presbítero, de hecho, se injerta en ella y depende, en gran parte, de su **autenticidad y de su madurez humana** (RFIS, 63).*

Estas dos breves citas de la *Ratio Fundamentalis* hacen ver la importancia de emprender **un serio camino de maduración humana**. Se trata de un proceso sistemático y profundo, semejante a las excavaciones que se realizan para cimentar un edificio alto. Es un proceso que **prepara el corazón** del hombre para que, en el futuro, sea capaz de amar con caridad pastoral. Es evidente que **el primer beneficiado de tal itinerario eres tú**. Y aunque cualquier proceso de maduración humana implica momentos difíciles de confrontación y de exigencia, asumes con gusto el esfuerzo que corresponde porque tienes la certeza de caminar hacia la verdad y hacia el bien.

El estudio de la filosofía

El estudio de la filosofía lleva a un conocimiento y a una interpretación más profundos de la persona, de su libertad, de sus relaciones con el mundo y con Dios (RFIS, 158). Aparentemente podría parecer un estudio árido, pero en cuanto comienzas a realizarlo emergen **una serie de preguntas** que se hacen todos los jóvenes de tu edad y la filosofía te ayuda **a formular con mayor precisión y a responder con fundamento**.

Si consideramos el contexto positivista en el que se forman la mayoría de los jóvenes universitarios, se puede aquilatar mejor el privilegio que significa el estudio de la filosofía, porque no te prepara para hacer cosas más o menos productivas, sino **para vivir con profundidad y verdad**. Este es el vínculo de la formación intelectual con las dimensiones espiritual, humana y pastoral.

La identidad misionera

El discípulo naturalmente se transforma en misionero, aprendiendo el vínculo profundo que existe entre **la fe profesada y la fe compartida**. Este es el sentido del apostolado durante la etapa discipular. Por eso es frecuente que los seminaristas de esta etapa realicen actividades pastorales en torno a la iniciación cristiana y al servicio social.

El primer ámbito en el que comienzas a ser misionero es el de **tu propia familia y tus amigos**. Parece lógico que a las personas que amas les compartas tu hallazgo de Jesús y la fuerza del evangelio. Es la experiencia del apóstol San Andrés: *Al primero que encontró fue a su propio hermano Simón, y le dijo «Hemos encontrado al Mesías», que traducido significa Cristo. Entonces lo llevó a donde estaba Jesús* (Jn 1, 41-42). Esta experiencia hace ver que el apostolado no es solo una actividad o una tarea que te imponen los formadores, sino **una forma de vida**, que brota espontánea del corazón del discípulo.

El equilibrio formativo

De manera muy rápida nos hemos asomado a los retos formativos de la etapa discipular en cada una de las dimensiones formativas. Es evidente que **las cuatro dimensiones están conectadas entre sí**, porque son aspectos inseparables de la única persona, que eres tú. El reto que se te presenta es **llevar esta integralidad a la práctica**.

Esto implica que no te refugies en las «áreas de confort», es decir, en aquellos aspectos que te resultan más fáciles, sino que asumas el riesgo de internarte en las «áreas de dificultad». Un ejercicio exigente, dinámico y precioso, que te ayudará sin duda a **caminar hacia una personalidad completa, madura y confiable**, que es absolutamente necesaria para el ministerio presbiteral.

El paso a la etapa configuradora o de los estudios teológicos

El trabajo realizado en las cuatro dimensiones formativas, que en la etapa discipular se caracteriza por ser sistemático y riguroso, te ha dado elementos para **una vida humanamente plena y cristiana**. Al mismo tiempo te ha preparado para **discernir la vocación sacerdotal**.

De esta manera llegamos al final de la etapa. La *Ratio Fundamentalis* comenta: *Al finalizar la etapa de los estudios filosóficos o discipular, el seminarista, habiendo alcanzado una libertad y una madurez interior adecuadas, debería disponer de los instrumentos necesarios para iniciar, con serenidad y gozo, el camino que lo conducirá hacia una mayor configuración con Cristo en la vocación al ministerio ordenado.*

Esta **serenidad y gozo** tiene suma importancia. Por un lado, es el producto natural de la mayor madurez alcanzada. Por otro lado, es el signo de la presencia de Dios en tu vida, a lo que llamamos **consolación espiritual**. Es deseable que, de aquí en adelante, experimentes habitualmente esta consolación, convirtiendo cada uno de los deberes de la formación en una «**gozosa obligación**». Gozosa porque te conduce a la vida; obligación porque es un camino de continua dedicación y crecimiento. Todo esto, realizado para el mejor servicio al pueblo de Dios, es motivado por la caridad pastoral, que es el alma de la formación permanente.

Oración de San José Sánchez del Río

Quisiera concluir este momento rezando juntos la oración oficial de San José Sánchez del Río, pidiendo al Señor una auténtica fe discipular:

Señor Dios
que otorgaste la palma del martirio
a San José Sánchez del Río,
al profesar y defender con su sangre
la fe en Cristo Rey del universo.

Concédenos por su intercesión,
alcanzar la gracia de ser como él,
fuertes en la fe,
seguros en la esperanza,
y constantes en la caridad.

Por Cristo Nuestro Señor.
Amén

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero